

*Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia”... (Test 1-2).*

### **I. La clave franciscana como punto de partida.**

La minoridad como dimensión esencial de la espiritualidad franciscana, implica esencialmente el aspecto de la relación. Por lo tanto, es la forma concreta que cualifica todas nuestras relaciones interpersonales y nuestras prácticas cotidianas. El concepto de “menor” Francisco lo articula a partir del Evangelio: “...les dijo “Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo; com o el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir... (Mt 20,25-27//Lc, 22,26). De este modo, la minoridad, término que se refiere fundamentalmente a la relación, entraña una afirmación: se es menor en relación a otro.<sup>1</sup> Por lo tanto, la minoridad tiene como desafío fundamental: “la epifanía del otro”.<sup>2</sup> Así, la minoridad franciscanamente entendida, es una manera de descalzarnos permanentemente ante el misterio del otro en quién el Misterio de Dios se hace transparencia.

En la óptica franciscana, menor es aquel que se hace más pequeño ante Dios, más pequeño ante los otros que se encuentran en el camino, más pequeño en el contexto social en el que vive. Por lo tanto, la minoridad implica un modo peculiar de ser y de estar en medio de los hombres, y Francisco traduce esta idea cuando en la Regla refiere al *estar sometidos a toda humana criatura por Dios*” (1R 16,6). El paradigma de la minoridad en Francisco es Cristo mismo, quién siendo Dios se puso en relación con el hombre desde una posición de pequeñez y vaciedad (kénosis). Por lo tanto, toda la tradición franciscana tiene consistencia a la hora de referir su papel fundamental en el cuidado y la defensa de la dignidad del hombre desde una actitud minorítica personalmente asumida y como sendero de salvación comunitaria.<sup>3</sup>

Solamente desde el paradigma cristológico de la minoridad se puede entender lo que Francisco expresa en el capítulo IX de la Regla no bulada, cuando refiere a la

<sup>1</sup> Cf. *El Señor nos habla en el camino*, Roma, 2006, 22.

<sup>2</sup> El concepto de epifanía del rostro, es propio del pensamiento de Emmanuel Levinás, quien en la irrupción del otro en cuanto otro en el propio horizonte, implica una inversión radicalmente humana: del en-sí y para-sí, del cada cual-para-sí mismo, a la prioridad del para-otro. Esta inversión radical se produce en lo que llamamos encuentro con el rostro del otro. Tras la compostura que se da en su aparecer, el otro me invoca y me ordena desde el fondo de su desnudez indefensa, de su miseria y de su mortalidad. Entrar en relación con un ser, que es totalmente otro, es contemplarlo situado más allá de todo atributo que pueda calificarlo o reducirlo a un concepto. De aquí que el concepto de alteridad cualifique las relaciones sociales y la responsabilidad ética por la justicia y la paz. Cf. E. Levinás, *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*, Valencia, Pre-Textos, 2001, 16-23.

<sup>3</sup> Cf. *Peregrinos y extranjeros en este mundo*. Subsidio para la formación permanente sobre el Capítulo IV de las CC:GG. OFM, Roma, 2008, 19. Esta clave comunitaria de la salvación, también puede traducirse como “santidad fraterna” y que implica un proceso de conversión a los otros por el camino de la fe, el diálogo y la itinerancia, dando testimonio de un Dios que es “comunidad en la diversidad y diversidad en la comunión”. Cf. *El Señor os dé la paz*, Roma, 2003, 32-33.

convivencia gozosa entre la gente “*baja y despreciada, con los pobres y débiles, con los enfermos y leprosos, y con los mendigos que están a la vera del camino*” (9,2); pues avanzando en el mismo texto y en relación con la limosna, se referirá a la condición de “peregrino y forastero” del Hijo de Dios. Estos dos calificativos: peregrino y forastero, nos hablan de una situación de movilidad e itinerancia, de cruces de fronteras, pasajes y umbrales en el mismo ser de Dios. El Dios que Francisco contempla en el acontecimiento de la encarnación, es el “Dios menor”, el “Dios humilde”.<sup>4</sup> Pero la humildad de Dios para Francisco, no es una virtud como humanamente lo podríamos entender, sino que es un acto, un acto por el cual el Padre realiza el don de sí mismo al hombre, atravesando su propia orilla y poniendo su tienda en medio de la historia. La minoridad en Dios es su propio acto de despojo y anonadamiento, y su devenir en la vulnerabilidad y fragilidad de la carne humana.

Esta decisión asumida por Dios de encarnarse, no la podemos entender solamente como un simple gesto de amor, sino desde su implicancia divina: un gesto de amor que se dirige al vacío, al inferior, al otro, que es capaz de atravesar las fronteras de su propia realidad divina y adentrarse en las márgenes de lo humano y de lo histórico. Es la libre elección de Dios de darse ad-extra en la encarnación del Hijo, asumiendo como suyo todo lo que es propio del hombre y de su vida histórica.

## II. En la clave bíblica-teológica.

Como ya mencionamos, la minoridad para Francisco de Asís no puede pensarse y vivirse fuera del paradigma cristológico. Es el acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios, su movimiento de abajamiento el que inspiró y movió vitalmente a Francisco. El ícono bíblico del cual partimos para comprender la minoridad en su clave cristológica es el himno prepaolino de Filipenses 2, 5-11:<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> En las Alabanzas al Dios altísimo, Francisco menciona este calificativo: “tú eres la humildad” (v.4); y en la Carta a toda la Orden, en el contexto eucarístico, hará referencia al “Dios e Hijo de Dios” que se humilla “hasta esconderse para nuestra salvación en una pequeña forma de pan...” (27-29). A partir de esta contemplación invita a todos a derramar el corazón y a entrar en la humildad de Dios.

<sup>5</sup> Siguiendo la exégesis que sobre el texto realizan FITZMYER y SCHNACKENBURG, se puede afirmar que el sujeto que se vació según Pablo es Jesús en su humanidad histórica, y a ello hace referencia la expresión del v. 6: “*quien*”. Pablo habla a los Filipenses del Jesús histórico, exhortándolos a tener *los mismos sentimientos de Cristo* (v.5) que gozó, según la confesión himnica, de una preexistencia divina. En cuanto a la expresión **forma de Dios** tiene que ver no con el *ser divino*, sino con su manifestación, irradiación e influencia (doxa = gloria). De este modo, Jesús no consideró el estado de gloria divina (ser igual a Dios) como privilegio o posesión al cual aferrarse, pues aunque Jesús tenía la igualdad divina, y por lo tanto el privilegio de presentarse en gloria como Yahvé, no se apoyó en esta dignidad. La expresión del v. 7 “*se vació*” significa que Jesús se despojó del privilegio de la gloria divina, no se vació de su divinidad, sino del estado glorioso al que tenía derecho y al que retomaría con su exaltación (Jn. 17, 5). En esta renuncia voluntaria a su doxa, es decir a su gloria, consistió la humillación de la encarnación. El sentido de la Kénosis o vaciamiento, enajenación, tiene que ver con la renuncia a todas las ventajas de la doxa, a todas las prerrogativas y manifestaciones a su estado anterior, en su estado de preexistencia, o bien, según el prólogo de Juan, en su estado junto a Dios. En la kénosis o movimiento de enajenación, Cristo no pierde su naturaleza divina, su ser, sino que se despoja de su estado de gloria. Cf. J. Fitzmyer, “Carta a los Filipenses” en: AA.VV. *Comentario Bíblico “San Jeronimo”* t III Nuevo Testamento I, Madrid, ed. Cristiandad, 1972, 631-633; R. Schnackenburg, “Cristología del Nuevo Testamento” en AA.VV. *Mysterium Salutis*, III, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1980, 251-260. Por su parte, J. Jeremías relaciona el texto de Flp con Is. 53,12 (el vació su vida en la muerte) interpretando el vaciarse no en referencia a la kénosis de la encarnación sino a la de la cruz encontrando en 1Pe 2,22-25 su paralelo. El mismo texto nos da el significado de la expresión **vaciar**: tomar la forma de esclavo (*doulos*) y volverse semejante a los hombres. Los dos verbos: *asumiendo* – *llegando* subrayan el dinamismo de la elección de Jesús. De este modo, el himno no se preocupa por discutir la doble naturaleza de Cristo, sino expresar la

*Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo. El cual, siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre.*

De que nos habla el texto. En primer lugar de un movimiento intradivino: Dios en su *ad-intra* padece un movimiento, protagoniza un éxodo *ad-extra*, traspasa el umbral de su propia divinidad para entrar en un ámbito diferente y en un estilo de vida diverso. El ámbito de la historia y de lo humano será su patria, y la condición del siervo será su opción fundamental para manifestarse entre los hombres. El que está fuera del tiempo entra en el tiempo, y que el que es eterno se hace huésped del mundo. Dios en su propio ser rompe todas las fronteras y traspasa todos los umbrales, integra todo lo distinto y recapitula en sí mismo todas las situaciones del hombre y del mundo.

En segundo lugar, es el Hijo quien protagoniza este movimiento exodal. Desde su lugar de gloria junto al Padre al estado de siervo en medio de los hombres. El mismo voluntariamente decide vaciarse de su condición de gloria para entrar en el mismo suelo del hombre y la historia. El itinerario de la Encarnación del Hijo, puede figurarse en cada una de sus etapas y momentos como un camino de traspasamiento de fronteras, y al mismo tiempo un ir hasta el fondo, hasta esos intersticios donde se cruzan la vida y la muerte, lo sagrado y lo profano, pueblo elegido y pueblo pagano, el centro y la periferia, lo puro y lo impuro, la “observancia del sábado” y “salvar una vida”, lo incluido y la excluido etc. La Encarnación del Hijo como Acontecimiento, irrumpe en el escenario de la historia, comprometiendo la vida de Dios hasta las últimas consecuencias, y poniendo al Hijo al lado de la periferia, de la vulnerabilidad y la pobreza.

De este modo, la condición kenótica de la revelación de Dios, posibilita un modo diferente para comprender la relación Dios-mundo desde la óptica de la minoridad, permitiendo que en esa relación puedan encontrar su eco y respuestas los grandes interrogantes que brotan desde el escenario contemporáneo de la humanidad. El drama del hombre y del mundo se transforman en espacio y posibilidad de encuentro con un Dios que lejos de ser impasible e indiferente se vuelve *capax passionis* y por ello “compasión a raudales”.<sup>6</sup> Por lo tanto, sólo un Dios que se anonada, abajándose en la humildad de la carne, puede compartir desde dentro el acontecer del hombre y el

---

encarnación del ser divino. El termino vaciarse no significa que haya perdido sus atributos divinos ni su poder sino mas bien el que haya asumido “tal” tarea redentora cf. J. Jeremias, *Abba, El mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 1981,177-182.

<sup>6</sup> “En medio del dolor, la experiencia religiosa intuye a veces la cercanía de la Sophia-Dios, que acompaña a la gente por el tenebroso sendero del sufrimiento; otras veces, la intuición de la fe descubre que Dios ya ha pasado y que su ausencia es aterradora. ¿Cuál es la forma adecuada de hablar de Dios ante los constantes gritos de dolor? ¿Son los seres humanos los únicos que lloran y se lamentan, o puede eso predicarse también del misterio Santo de Dios, que cuida amorosamente al mundo?” Son algunas cuestiones que la autora E. A. Johnson ofrece al iniciar el capítulo bajo el título “El Dios sufriente: la compasión a raudales” en: *La que es. El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona, Herder, 2002, 313.

escenario de la historia, con sus gozos y esperanzas, sus lágrimas y angustias, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren (Cf. GS 1). Este Dios compasivo que fuera revelado en los gestos y palabras de Jesús, puede despertar en el corazón de los hombres el consuelo, la acción humana responsable y la esperanza contra toda esperanza.

### **III. Minoridad – Solidaridad**

La minoridad posibilita el gesto de la solidaridad, especialmente con los últimos y olvidados del mundo. En el marco de la eclesiología de Aparecida, la solidaridad tiene que ver con una actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, manifestados en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos (Cf. DA. 394). Pero la solidaridad como expresión empática con las realidades y situaciones de vidas marginadas y en riesgos, se concretiza en opciones concretas para con los más pobres, y tiene su fundamento en la “fe cristológica de aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza”. La solidaridad con los rostros concretos<sup>7</sup> de nuestra sociedad nace de nuestra contemplación de Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (Cf DA. 392).

Esta clave de la minoridad y solidaridad con los últimos de la sociedad tiene una fuerte implicancia eclesiológica, pues desafía y provoca a la Iglesia a una fuerte conversión en sus estructuras, lenguajes y modos de aparecer en medio de los hombres. Siguiendo las huellas del Hijo de Dios que se ha hecho pobre, vulnerable y cercano a todas las realidades humanas, la Iglesia es invitada a redescubrir su rostro kenótico. Un Iglesia de la kénosis es ante todo una Iglesia nazarena,<sup>8</sup> que encarna la opción nazarena de Jesús: su ser pobre, pasar desapercibido, su asimilación y configuración al pueblo, el ver el mundo desde abajo, que va descubriendo progresivamente como su Padre, lleno de bondad y misericordia, se conmueve ante el sufrimiento del hombre, que hace llover sobre justos e injustos, que mira el corazón y no la exterioridad del culto farisaico, y que tiene un proyecto alternativo: hacer que el Reino del Padre alcance a toda la humanidad, y se plasme en diferentes expresiones, lenguajes y modos. Jesús se abre a un horizonte que va más allá de Israel, supera y trasciende las fronteras religiosas y culturales de su época. Evoca a Elías que da de comer a una pobre viuda pagana; y a Eliseo que no tarda en sanar al pagano Naamán el Sirio.

### **IV. Minoridad – Misión**

La minoridad como actitud fundamental para el encuentro con el otro, desde la clave del dialogo y la hospitalidad para con el extranjero, permite entender la misión de una manera nueva. En primer lugar, la posibilidad de ir al encuentro del que es distinto, no para homologarlo, sino para celebrar su diferencia, descubriendo los hilos capaces de tejer la comunión. En segundo, desde esta óptica la misión no tiene como finalidad

---

<sup>7</sup> El documento de Aparecida precisamente hace referencia a los “Rostros sufrientes que nos duelen” (8.6), y entre estos rostros identifica a las personas que viven en situación de calle (407-410), a los migrantes (411-416), enfermos (417-421), adictos dependientes (422-426), detenidos en las cárceles (427-430). Sabemos por nuestros recorridos cotidianos que hay más rostros por visibilizar, por incluir, por desprejuiciar, por curar y consolar, por adscribirlos en el lugar social... Nos queda la tarea de abundar el listado, mirando nuestros contextos vitales y dejándonos sorprender por la epifanía de rostros concretos a quienes hospedar y servir.

<sup>8</sup> Sobre esta temática seguimos la reflexión de Víctor Codina, en su libro *Una Iglesia Nazarena. Teología desde los insignificantes*, Santander, Sal Terrae, 2010, 206-207.

esencial la “conquista”, sino la de reconocer a Dios allí donde hasta entonces no era percibido. La partida al desierto o al extranjero (la liminalidad) constituye un huir de los lugares cristianos de antaño en los que la fe corre el riesgo de quedar aprisionada, asentada confortablemente sobre los poderes y los sistemas; inicia un viaje que lo lleva a países, idiomas y culturas en los que Dios habla una lengua que todavía no ha sido decodificada ni registrada.<sup>9</sup>

En sintonía con el paradigma de una Iglesia kenótica es posible pensar la misión desde las claves del diálogo, el encuentro, la solidaridad y la fiesta, que permite una empática (compasión) relación con los procesos de transformación y de nuevas configuraciones sociales; como así también, con las luchas por la justicia, la dignidad y la paz entre los hombres. En la línea del Concilio según el enunciado de la *Gaudium et Spes*: “El gozo y la esperanza, las lágrimas y angustias de los hombres de nuestros días, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también gozo y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón... De ahí la experiencia vital que la hace sentirse (la comunidad), íntimamente solidaria con la humanidad y su historia” (n.1).

En ésta misma perspectiva, y tomando algunas intuiciones de M. De Certeau,<sup>10</sup> la Iglesia recuperando su vocación esencial de misionalidad, puede ponerse nuevamente en marcha, partir de viaje, cruzar fronteras gracias a la multiplicidad de los procesos de intercomunicación y creciendo gracias a los nuevos encuentros. Este carácter experimental y provisorio de todo cruce de fronteras y los encuentros con las diversidades, permite alcanzar una conciencia nueva sobre la identidad creyente. Hoy gran parte del cristianismo está en las periferias, en las zonas fronterizas, es cuestión de ponerse en situación de itinerancia, peregrinaje, situación de caminante. Si bien no es un proyecto fácil, sobre todo en tiempos donde un gran sector de la Iglesia busca con fuerza respuestas unívocas para defender un status o un perfil de fe. Pero habrá que apelar, en sintonía con De Certeau,<sup>11</sup> al ímpetu de la fe cristiana de los primeros siglos, la fe abierta a lo nuevo, porque precisamente allí en el extranjero, Dios, el Extranjero, puede ser descubierto, en la fugacidad del instante, en lo inesperado del encuentro.

La Iglesia de la kénosis, que se somete a la lógica de la encarnación, asume los riesgos y los desafíos de cruzar las propias fronteras, para asumir lugares en los que pueden plasmarse nuevas formas para “decir-Dios”.<sup>12</sup> El diálogo con el arte, la política, las ciencias humanas, las religiones, las culturas, son lugares de nuevas posibilidades para un hablar significativo de Dios a la época contemporánea. Aparece con urgencia desaprender un lenguaje que ya no comunica a Dios, o lo hace de modo obsoleto,

---

<sup>9</sup> Citamos el estudio de Margit Eckholt, “No sin ti. El caminante herido y el Dios desconocido” en *Revista de Teología* XLIII – 90 (2006) 281-306. El artículo publicado profundiza algunos aspectos del pensamiento de M. De Certeau, quien insistirá en el aspecto de lo liminal tanto en Dios como en las culturas mismas.

<sup>10</sup> “Crear es venir o “seguir”, salir de su lugar, estar desarmado por ese exilio fuera de la identidad y del contrato, renunciar así a la posesión y a la herencia, para ser librado a la voz del otro y ser dependiente de su venida o de su respuesta” en *La debilidad de creer*, Buenos Aires, Katz editores, 2006, 300.

<sup>11</sup> Cf. *La debilidad de creer*, o. c. 297 ss.

<sup>12</sup> Hoy nos vemos urgidos a encontrar nuevas formas del “decir Dios”; en esto se condensan los actuales desafíos para la pastoral eclesial, la educación religiosa, la catequesis, y también para la reflexión teológica. Para esto, se requiere reflexión, sentido común y olfato para los signos del tiempo. Cf. M. Eckholt, “Mística y misión. Buscando nuevas formas para hablar de Dios”, Buenos Aires, 2010 (Apunte para uso interno de seminario de teología).

arcaico y vacío de significación para las búsquedas de sentidos del hombre contemporáneo, o distante de las realidades de sufrimiento y dolor. Desde un actitud minorítica y desapropiada, la Iglesia puede repensar críticamente su misión, sin experimentar la amenaza, el temor o el ataque, sino más bien, desde el desafío a seguir entregando y comunicando la noticia siempre nueva y actual del Reino de Dios, en épocas y contextos también nuevos y actuales.